

Sábado 16 de Septiembre. 2006

La tierra descansa sobre cuatro elefantes con la mirada sellada. Mantengo el equilibrio montado sobre uno de ellos. Avanzamos arriba de una tortuga enorme, no escucho nada, sólo siento la vibración de sus movimientos y la del vasto océano que nos rodea. La tortuga se percata de mi presencia y abre un ojo. En su mirada presiento un deseo de sacudirse, de deshacerse de nuestra carga. ¿Me está pidiendo permiso con su ojo? Abro los míos y veo el rostro sudado de Ximena. Huelo su piel, esta vez nada agradable, mientras termino de adaptarme a la luz de las seis de la mañana. Todavía puedo sentir dentro de mí el nado de esa gran tortuga. La sensación me produce escalofrío. Me levanto al baño.

Vuelvo a la recámara muriendo de calor. Ximena da vueltas como si no encontrara una posición óptima para volver al sueño. Dustin, ¿por qué orinas tan fuerte cuando estamos en Oaxaca?, me dice sin abrir los ojos. Trato de pensar en mi forma de orinar pero divago aún en el recuerdo de mis sueños, en esa brisa extraña. Ayer fue quince de septiembre y llegamos a Oaxaca a tiempo, a casa de mis padres, para emborracharnos como solíamos hacerlo. Abro las cortinas y el sol entra sin pudor. Presiento que ayer mi vida sufrió un sesgo trascendente. A pesar del calor agobiante que se desprende de la piel de Ximena, entro en la cama. Anoche, después de la decepción de no tomar ni un trago de alcohol, antes de dormir me puse a redactar para relajarme. Ximena se levanta al baño. Abro la iBook. Leo.

a) ¿Por qué no avanza el pointer?

Arranco. Salimos sobre eje central para entrar en el viaducto. En la cajuela, a excepción de los muebles que vendimos, traemos toda nuestra casa. Hemos dado el paso que tanto he planeado en últimas fechas, bueno, de dos meses para acá. El sol, arriba, nos abrasa. Por culpa de Ximena es casi mediodía, pasó toda la mañana despidiéndose de su madre, de sus abuelas, de sus hermanas y tías. Es la única no-madre en una familia de madres solteras. Le han deseado suerte en la aventura oaxaqueña. Si bien nos va, pienso yo mientras el tráfico se me presenta, llegamos a Oaxaca a las cinco de la tarde, a tiempo para preparar la cena. Tendremos que pasar la noche en casa de mis padres y conseguir un cuarto hasta la mañana siguiente. El semáforo refresca. El pointer de adelante no cae en la cuenta de que todos llevamos prisa por dar el grito en otra parte. ¿Qué?, ¿está ante la decisión de su vida o qué le pasa?, ¿por qué chingados no se mueve? Los pitazos despiertan a Ximena. ¿Por qué no avanza el pointer?, le digo, ¿qué?, ¿si no gira a la derecha comenzará una vida nueva?, ¿no volverá a hacer ejercicio, no volverá a comprar un tiempo compartido? Dejo de aventarle el claxon al pointer y Ximena me mira desconcertada. El tipo ha dado vuelta a la derecha un tiempo atrás. Soy yo quien, con el pensamiento en él y la mirada en el espejo retrovisor, recibe los pitazos y los gritos. Instintivamente quiero apretar el acelerador para cruzar viaducto y seguir hacia delante hasta Groenlandia. Luego me doy cuenta que tal como el pointer anterior, yo también debo dar vuelta a la derecha.

b) ¿Me acompañaría?

Ximena duerme. Su olor a piel me enternece y se mezcla con el poliéster de su atuendo. No sé si seamos el uno para el otro. ¿Cómo saber algo así?

Para obtener créditos en la licenciatura, necesitaba inscribirme en una clase optativa. De la lista de cursos, sólo una opción me ilusionó: Desarrollo de Historias. Ximena voltea su cuerpo hacia el mío. La miro de reajo. Duerme, lo sé, porque cuando finge puedo ver el falso movimiento de sus párpados. Suspiro. El primer día de ese curso, cuando entré en el salón olía a piel. Fui hasta el fondo sin mirar hacia ninguna parte y concentré mis ojos en una silla. Sentí su presencia. Pasamos así veinte minutos, presintiéndonos. Ni siquiera la miré de reajo, intuía el color de su piel, el sabor de su lengua y el diámetro de sus muslos. Entró el profesor y le dio un libro viejo a Ximena, luego fue al escritorio y explicó su curso. Le sacaríamos copias a su libro y cada semana entregaríamos un ejercicio planteado ahí mismo para alentar nuestra creatividad, sería divertido, dijo, siempre y cuando asistiéramos. Luego pondría diapositivas y nosotros tendríamos que inventar lo que sucedía.

Ahora llueve en la carretera. Las curvas se deslizan peligrosas. El pointer me pide desbarrancarse, jala hacia fuera y luego hacia adentro como si tuviera más decisión que yo. Algún día me gustaría detenerme, estacionar el auto en una de estas áreas de contención, bajar y caminar entre los árboles. Aunque no sé exactamente que podría hacer alguien como yo en un bosque. Soportar el frío, supongo, intentar

prender una fogata. Trato de fijarme en la gente que pide un aventón en esta zona. Quizás si las tengo en la memoria, sabría cómo vestir el día que decida frenarme. Me pregunto cuántos días sobreviviría por ahí, corriendo, bajo la llovizna. Ximena ronca, ¿me acompañaría? Si se lo propusiera diría algo como: no lo dices en serio, Dustin.

El profesor, al escuchar nuestro silencio en toda la clase mientras pasaba las diapositivas, dijo con aire desilusionado que nos vería la semana siguiente. Ese fue el único día que acudimos al Desarrollo de Historias. Quizás porque los dos lo sabíamos, fuimos a sacarle fotocopias al libro. Era nuestra única oportunidad para elaborar una conversación. Impulsado por el olor de su piel, le invité un café. No lo dices en serio, respondió Ximena. Parecía cosa del destino. Luego vinieron diapositivas inconexas.

c) ¿La recuerdo?

La carretera está insoportable. Retenes, reparaciones, tráfico exasperante. Un par de kilómetros antes de llegar a la caseta de Huitzo, tenemos que hacer fila. Otro pointer se nos empareja. Este país está lleno de pointers. Intuyo el perfil de la conductora. De alguna manera, presiento su cuerpo conocido. Volteó sin más: Una morena con cola de caballo, de lentes oscuros, me mira. Veo sus ojos tras las gafas. Vislumbro unas ojeras. Voltea de nuevo al frente, hacia el camino. Vas, me dice Ximena y acelero. El corazón me late con fuerza. Disminuyo la velocidad para volver a ver ese perfil, a reconocer los ojos tras las gafas, pero el otro pointer parece no querer un nuevo contacto visual. Trato de frenar pero Ximena me ve con extrañamiento. No soporto esa

mirada, así que disimulo y sigo con el ritmo de la fila como si no hubiera pasado nada.

Después de ocho horas de carretera, llegamos por fin a casa de mis padres. Escucho reproches de mi hermano hacia la pantalla de televisión. Mi madre está dentro de la cocina, insultándose a sí misma como cuando llegaba tarde por nosotros a la escuela. Ximena entra en la cocina dispuesta a solucionarlo todo. Mi padre no lo sé. ¿Dónde está papá?, le pregunto a mi hermano mientras entro en la sala de televisión. Esto es una mierda, me dice mi hermano, ¿cómo es posible que sean tan subnormales para creer todo esto? En la pantalla hablan mal del movimiento magisterial, los tachan de vándalos. A mi hermano siempre le ha parecido la televisión una mentirosa, y al mismo tiempo le fascina. Una relación parecida a la mía con Ximena. En la infancia éramos aficionados de Alf, el extraterrestre. Todos los martes en la noche, antes de tomar nuestro café con leche, nos reíamos muy a pesar de Willy Thanner. La noche del último capítulo, mi hermano dijo que toda la serie había sido una porquería, que cómo era posible que yo estuviera tan triste. Fue la primera vez que lo noté molesto con la televisión. A mí me dolió el comentario, algo había terminado y no volvería a ocurrir. Estaba muy conmovido. Ese final había marcado mis sentimientos.

Después de años de planear un contacto con su nave nodriza, Alf concreta una cita en el desierto. Los Thanner lo llevan y lo miran desde una pendiente. Él baja al descampado y se detiene en un punto determinado, vulnerable. Al momento, la luz de su nave nodriza lo ilumina. Por fin, después de años en un mundo ajeno a él, en donde tiene que permanecer oculto,

en donde está mal visto comer gatos y tiene que tragarse su rareza con un patético sentido del humor, por fin, pues, de todos esos años aciagos, volverá a casa, saldrá de la cárcel de los Thanner. Una multitud de patrullas arriban al contacto, rodean el cuerpo de Alf. La nave nodriza, al ver que han sido descubiertos, descorre su luz y da la vuelta, millones de años luz, atrás. La único que ilumina, entonces, el cuerpo de Alf, es la de una milicia que lo juzga evidencia peligrosa.

Después llegó cablevisión y me volví inmune a los finales, incluso perdía la emoción de las series mucho antes de que se intuyera el último episodio. Muchas veces el final ni siquiera aparecía, simplemente dejaba de transmitirse y ya. Mejor para todos. El final era cosa de todos los días, cada tarde un nuevo final. Ahora veo a mi hermano y parece que viera a ese niño con manchas en las rodillas y ganas de joder. ¿Y papá?, le vuelvo a preguntar. Con todo esto del conflicto, últimamente le ha dado por dar vueltas en su camioneta, me dice. Sale, platica con la gente, con sus amigos, con los nuestros y luego vuelve a enojarse con la televisión y con mamá.

Mientras Ximena entra en la sala a saludar a mi hermano, se escucha el clásico azotón en el zaguán. Ha llegado mi padre. Salgo a recibirlo como un niño con las rodillas manchadas. Oye Dustin, me grita desde la puerta, fui a la barricada en la entrada de la colonia para dejarles tamales y te vi cuando cruzaste, te pité para llegar juntos. No te vi, le respondo mientras lo abrazo. Detrás de ti venía la hija del veterinario, me saludó, ¿la recuerdas? ¿La recuerdo? Me retumba el nombre de Clara en el estómago, Clara Jiménez,

Clara, la hija del veterinario, la chica de las ojeras. Era ella la de gafas oscuras esta tarde en la carretera. Salen todos a saludar a mi padre. Mi madre me reclama que no la he saludado. ¿No has saludado a tu madre?, pregunta mi padre. ¿Qué te pasa?, pregunta Ximena, ¿por qué estás nervioso? Me acordé del final de Alf, cuando las patrullas lo rodean y la nave nodriza lo abandona en el desierto.

Martes 19 de septiembre. 2006

Despierto en mi cama de niño, prendo la computadora, busco en mi carpeta de fotos la imagen que me despertó. La encuentro y me inspira a comenzar el reportaje, abro el word.

Oaxaca no está en calma. La gente anda por ahí, en la terminal, arriba del taxi, adentro de los negocios, camina por las calles con su carne, sus huesos y sus voces, pero ausentes, despojados de algo, heridos de alguna parte invisible. Oaxaca pide a gritos una purga, no se contiene, y sin embargo, la contienen; pide arder, pide resurgir de las cenizas y en la aparente calma se siente frustrada. En el auto, ayer, desde el cerro del fortín, vi a la misma Oaxaca de siempre, inamovible, bella, verdadera. No obstante el aire es distinto, denso como niebla a punto de disiparse. Sus colores opacos, sus rostros asombrados. Si después de este caos todo vuelve al mismo lugar, nada estará en su sitio, Oaxaca estará incómoda, forzada, estresada. Esa sonrisa fingida que se empeñan en sostenerle, podría crearle una parálisis facial, o peor aún: cáncer.

Creo que el estoy echando demasiada crema a algo que no alcanzo a comprender. Me siento lejos de Oaxaca, igual que cuando era niño, la siento distante, indiferente. Cierro el word, veo de nuevo la foto que me inspiró: es Ximena, una semana después de haberla conocido. La tomé porque quería guardar el momento, recuerdo: Acababa de llegar al D.F. y en mi universo un noviazgo significaba mi armonía con el mundo, con el presente, con el aquí y ahora en todas partes al unísono; y esa mujer, la de la foto, cuando me la encontré me miró y me dijo: bienvenido al resto de tus días, no hay marcha atrás. Ximena se levanta, me da un beso en mi fleco humedecido y entra en la regadera. El sonido le sirve de fondo a mis pensamientos. Abro Google como si descubriera un escondite secreto, escribo: Clara Jiménez. Enter:

El diario catalán La Vanguardia

14 Abr 2006 ... Clara Jiménez es escritora de minificciones de la llamada literatura excedente. Durante los últimos cinco años...- 32k - [En caché](#) - [Páginas similares](#) - [Anotar esto](#)

El Universal. De nuevo Clara Jiménez

...agricultora, defensora de los derechos de los cañeros de Belice, Clara Jiménez, alias Justina López, ahora se le relaciona con una secta subrepticia... 5k - [En caché](#) - [Páginas similares](#) - [Anotar esto](#)

Clara Jiménez | Elefantes del Kilimanjaro

Este misterioso círculo cuenta con miembros alrededor del mundo ...César Aira, Paul Rodríguez, Clara Jiménez, seudónimo de Justina López... 20k - [En caché](#) - [Páginas similares](#) - [Anotar esto](#)

Clara Jiménez | Marca.com

Diarios locales insinúan que el retiro repentino de Rogério Vilas, el mejor tenista portugués de la época reciente, ha sido a petición explícita de su amante Clara Jiménez... 20k - En caché - Páginas similares - Anotar esto

Clara Jiménez | Hi5

Soltera. 26 años. Oaxaca, Oaxaca. Dueña de la cafetería El Acantilado en el centro de la ciudad. Repostería internacional. 20k - En caché - Páginas similares - Anotar esto

Después de los cuatro sustos previos, entro en su Hi5. Miro sus fotos y me baña un extraño alivio. Es la misma adolescente que yo conocí. Las mismas ojeras, los labios inclinados de la misma manera. Trae las gafas de ayer en todas sus fotos recientes. Menos en una: Mirada triste, cola de caballo, vestido plateado, piernas gruesas, dentadura perfecta, parada ante un extraño acantilado. Me tranquiliza pensar que aún vive en Oaxaca y atiende una pastelería. Seguramente despierta temprano, va al mercado a escoger sus ingredientes y abre su negocio con una ligera sonrisa. Atiende a sus clientes y regaña a sus empleados. Es cortejada pero en el fondo es todavía triste y arisca. Me lo confirman sus ojeras. Por su información personal, sigue viviendo en mi colonia, en casa de su padre.

Al centro de la ciudad de Oaxaca lo envuelven docenas de colonias: la Oaxaca real. Mi colonia es pequeña y

relativamente nueva. Nuestro orgullo es Vinicio Castilla, la única superestrella tangible en mi pubertad (una tarde de verano lo veía conectar un cuadrangular por ESPN, en las grandes ligas; y otra tarde de invierno me lo encontraba paseando a su perro). Esta colonia es un conjunto de casas asignadas hace unos treinta años a trabajadores asalariados. Éstos, al decidir no abandonar al centro histórico, heredaron las nuevas casas de interés social a sus hijos que aspiraban a una profesión. Una tarde, de esas en que salía a buscar a Vinicio Castilla, vi a la falda mejor formada y apretada que ahora recuerde. Aunque era mucho más linda de lo que yo podría ser, averigüé su nombre. Alguien me dijo que quería ser cantante. Se llamaba Clara, era la hija de un veterinario. Cuando me enteré de su aspiración, pensé que era imposible que alguien de esa colonia lograra un sueño tan difícil. Todo el tiempo la miré de lejos. Veía sus muslos morenos, gruesos y brillantes como su pelo, y sentía una pena inexplicable por su futuro. Cuando cumplí diecisiete años, la colonia, así como ya había engendrado usureros, músicos mediocres y microbuseros, también había generado fotógrafos de bienal, artistas plásticos prometedores, un buen número de profesionistas con el éxito asegurado y, cómo olvidarlo, al legendario Vinicio Castilla. Así que empecé a imaginar que esa tal Clara también podría lograr lo que quisiera, ser cantante incluso. Empecé a visitar a sus vecinos. El zaguán de la casa del veterinario era la portería.

Una tarde que comenzaba a anochecer, ella llegó a sentarse con su amiga enfrente de nosotros, me veía. El brillo de sus ojos negros era ahora opacado por unas ojeras. Y aquella falda escocesa, sustituida por unas anchas caderas que contenían con firmeza unos estrechos pantalones de mezclilla. Cuando se terminó la cáscara, se encendieron los faroles y

ella me miró a los ojos. El contraste entre su cuerpo exuberante y la tristeza de su mirada, fue un nuevo descubrimiento para mí. Nos acercamos y ella, al acomodarse mejor en su lugar, soltó su aroma y la sensualidad de su cuerpo. Así como había finales en la televisión, también había comienzos en la vida, pensé. En un par de horas terminamos solos. Clara estaba a punto de terminar la preparatoria y había cambiado de sueño: sería chef. Yo me iría a México a estudiar algo, no sabía qué. Después de años de verla a lo lejos, había logrado entablar una relación que de entrada duraría menos de doce meses. Esa noche no quería llegar a casa. Era la primera persona que conocía que sabía de cosas que casi nadie conocía; no quería soltarla. Me dio gusto conocerte, me dijo al despedirse. Quiero seguir con la plática, dije con valentía, ¿puedo visitarte mañana? Claro que sí, dijo ella, me gusta la gente que se asombra con mis pendejadas. A partir de ahí la visité todas las noches. Hablábamos como si nos quisiéramos desde siempre. Sin embargo, cada que callábamos, el silencio era muy triste y me entraban ganas de abrazarla. No me animaba a besarla. En esos intervalos, ella desviaba la conversación hacia la agonía del grunge de Seattle, hacia los paisajes del cine finlandés o hacia el baile gitano; siempre cosas lejanas, de una realidad inasible. Parecía vivir en otra parte y a mí eso me encantaba. Sentía que sus ojeras se debían a largos viajes que hacía durante la noche. Evitaba siempre el contacto físico. Así era ella, arisca, y así era yo, miedoso. Con el paso de las semanas, cada día me acercaba más, la besé paulatinamente, la acariciaba cuando estábamos a solas, pero ella siempre impedía llegar a dónde yo deseaba. Sus nalgas redondas me intrigaban, quería morderlas, saborearlas o tocarlas. Morderlas, así, morderlas. Nuestra relación basada

en grandes conversaciones siempre se mantuvo apasionantemente tensa. Una semana antes de irme de la ciudad para buscar matrícula en la universidad, salí de su casa con el rostro caliente e inflamado. La acababa de lamer entera, desnuda, me había apretado el pene con sus nalgas. El frío de la calle me puso las pilas necesarias para llegar hasta el centro caminando nada más porque sí. Aunque ella se ofendió y, al sentir que la penetraba, francamente me corrió de su casa, yo estaba en un punto cercano a la felicidad total. Salí pues, sin notarla, y de camino pasé por el estadio de beisbol. Los Guerreros de Oaxaca estaban en play offs por primera vez en su historia. También era la primera temporada de su historia pero eso no atenuaba la emoción de acercarse a una gloria. Hasta a mí llegaban los gritos, la canción de *quiero ir al estadio*. Mi rostro era iluminado por sus reflectores. Mi lengua había comprobado la existencia de sabores imaginados por años. Aunque Clara no me volviera a hablar, no importaba, sentía en el pecho la inmensidad del futuro. La vida comenzaba a cumplir lo que había prometido, y eso me hinchaba todo, cada centímetro. Y qué importa si los guerreros no son campeones esta temporada, pensaba yo al cruzar la calle. Y creo que fue ese mismo año, aunque a Clara no volví a verla. Esa noche, cuando llegué al centro, sentí ganas de escribir lo que me había sucedido, y lo hice. Cuando volví a casa le dije a mi hermano que quería ser escritor. Él se rió como si le hubiera contado un chiste de Willy Thanner. Dos horas después, mis padres me convencieron de estudiar periodismo. Por fin sabía cuál sería mi carrera.

Dentro de mi cotidianidad en el de efe. Era raro el día en que me acordara de mi colonia; y es todavía más raro cuando pienso en mis vecinos y los imagino por ahí con sus aspiraciones, unas más excéntricas que otras y al pensarlos,

casi sin quererlo deseo que logren lo que aspiran (aunque unos más bien aspiran coca y otros, de tanto aspirar crack, se han quedado en el camino).

Ahora parece más un fraccionamiento, las casas se han ampliado hacia delante o hacia arriba, las calles son más angostas y ya no son empedradas. Hay menos polvo pero más sol. Las esquinas están apuntaladas por negocios de comida rápida y farmacias. Nuestros padres envejecen y ven la televisión. Nosotros no estamos o estamos de visita, u otros están en la oficina, en el bar que administran o amenizan, o en el periódico que actualizan. Ya no hay gritos ni carcajadas, las calles y los patios están vacíos. Los niños están un poco más al norte, en el parque deportivo "Vinicio Castilla", o en alguna academia particular del centro, mientras imaginan que algún día un parque tendrá su nombre, o una avenida. Los adolescentes están en las esquinas de otras colonias, obstaculizan el tráfico, pintan consignas en las paredes, se hacen preguntas que yo no alcancé a hacerme. Preguntas sobre el futuro y sobre el orden social que respiramos, sobre la transformación que sienten necesaria pero no alcanzan a expresar bien con palabras. Quería escribir sobre mi llegada al terruño pero, mientras escribo a escondidas de Ximena, mi pensamiento ha avanzado hacia otro lado. Me doy cuenta de que hay algo más, algo en el fondo que realmente me inspira. Ximena sale de la regadera con el pelo mojado y se sienta en la cama. Me besa la mejilla. ¿Qué trata de hacer?, ¿trata de leer en la pantalla de mi iBook? ¿Ya terminaste?, me pregunta, ¿ahora si vamos a buscar un cuarto? Antes voy a dar un paseo por mi colonia, le respondo, yo solo.

La calle está llena de jacarandas que dejan caer sus flores color naranja. El frío y el olor a maíz tostándose en anafre me cosquillean la nariz. Iré por unas tlayudas al mercado. Miro al cielo. Ayer en la tarde me puse a pensar en las pocas referencias que debe tener un niño cuyo recuerdo más triste de ficción es el final de Alf, el extraterrestre. Supongo que ahora los niños de esta colonia, gracias a internet, la televisión por cable y las grandes empresas trasnacionales, tienen las mismas referencias que un niño de Tokio o de Helsinky o Nueva York. No era así entonces, la única ventana al mundo eran los dos principales canales de la televisión abierta. Creo que he vuelto para pensar en este tipo de cosas. Cuando comenzó el conflicto magisterial en mayo, algo dentro de mí pedía estar con mi familia aquí en Oaxaca. Los libros, la televisión, el cine, todos los anuncios en la calle me hablaban, se dirigían a mí. Cada contenido que pasaba por mis ojos, me otorgaba siempre la misma conclusión: tomar el coche, aprovechar que he terminado de pagarlo y conducirlo hasta Oaxaca. Todo se agudizó con el paso de las semanas. No pude más y decidí presentarle mi renuncia a la de recursos humanos. ¿Por qué?, me preguntó ella. Escribiré un reportaje, le respondí, no sé si por solidaridad con mi familia y la gente con la que he crecido, o sólo por un secreto deseo de sufrir en la misma medida. Porque, siendo franco, no tengo claras mis convicciones, no sé si vine para buscar la verdad o alinearme a un bando u otro. Lo que más me sorprende es que Ximena haya decidido acompañarme, también habérselo pedido, casi rogado, me asombra, tendrá que *free lancear* a mi lado. En el fondo pienso que ella también necesita un poco de emoción en su vida y un novio oaxaqueño con ganas de volver a su tierra es una buena opción en estas fechas. Mientras decenas de familias han dejado la ciudad,

dos chilangos llegan a jugarse un volado. Trabajé tres años en esa revista. Mi labor era exclusivamente retocar notas de internet o corregir los textos de otro más en inDesign.

Talacha. Temo presionar a la gente, trato de no molestar a nadie, apago fuegos, odio investigar, me da miedo cobrar. Es horrible dar la cara cuando quedas mal; aprendí bastante de eso: a soslayar los errores, a echarle la culpa a los demás. Esa etapa terminó y no siento nostalgia por nada, todo lo contrario: alivio, y esperanzas de una mejor calidad de vida aquí en Oaxaca y en el *free lance*. Mi empleo era bueno, pero todos estos meses los siento difusos, en medio de preocupaciones que estaban a 570 kilómetros de distancia, impotencias que sólo podría comprender si regresaba a mi ciudad. Ahora, mientras entro en el mercado y las memelas me frotan la nariz, pienso que he tomado la decisión correcta. Acá mis recuerdos son concretos, de un material sustentable. Y pienso que en realidad he salido a la calle con la esperanza de encontrarme con Clara, casualmente, como si nada. El retorno a Oaxaca lleva en el fondo otro retorno, uno en donde Clara embona a la perfección, lo presiento. Sin embargo, en este momento es Ximena quien me espera en la cocina de mi madre, y eso me provoca un silencio en el pecho.